

RESEÑAS DE LIBROS / REVIEWS

LA PARRA LÓPEZ, Emilio (ed.), *La guerra de Napoleón en España. Reacciones, imágenes, consecuencias*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante-Casa de Velázquez, 2010, 444 pp.

ALBEROLA, Armando y LARRIBA, Isabel (eds.), *Las élites y la «Revolución de España» (1808-1814). Estudios en homenaje al profesor Gérard Dufour*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante-Université de Provence-Casa de Velázquez, 2010, 389 pp.

La Guerra de la Independencia ha sido, y sigue siendo, objeto de múltiples estudios, encuentros, mesas redondas, seminarios, publicaciones, discusiones y actividades diversas tanto a nivel nacional como internacional. Ello ha permitido una puesta al día del estado científico del tema y ha posibilitado, por una parte, superar estereotipos arraigados a lo largo del tiempo por diversos intereses y, por otra, actualizar el nivel

de conocimientos acordes con los hechos.

En este ámbito de discusiones y de puestas al día gracias al trabajo de numerosos investigadores, queremos reseñar las dos publicaciones citadas sobre el impacto de la invasión napoleónica y de la Guerra de la Independencia con sus consecuencias. En ambas podemos apreciar idéntica distribución de los trabajos y, aunque de forma algo distinta, presentan un antes, un ahora y un después, de acuerdo con la temática que plantea cada una. Esto es, se dividen en tres partes que recogen respectivamente: los españoles ante la crisis/precursores; imagen y propaganda en torno a la contienda/protagonistas; y los costes humanos y económicos de la guerra/los herederos, para acabar con una reflexión final en la primera obra. Planteamiento casual, puesto que ambos congresos se realizaron en tiempos distintos.

La línea de ambos libros queda manifiesta en sus títulos y también en las aportaciones de sus autores. La Guerra de la Independencia como

tema principal se presenta como un fenómeno complejo que va descubriendo las permanencias y los cambios, lo viejo y lo nuevo, las sombras y las luces en una lucha continua entre hombres que defienden ideas, pero también intereses. Hombres que pueden ser franceses o afrancesados contra los que se levanta el pueblo en armas o patriotas enfrentados ideológicamente. Filias y fobias que permanecerán entre mitos e intereses, nacionales, políticos o religiosos, como demuestra el Dos de Mayo.

Ahora bien, esta fecha, señalan los profesores Emilio La Parra y Jean-Pierre Étienvre en la presentación del primer libro –por más heroica que pueda o quiera considerarse–, no fue el inicio de la guerra, sino cuando se conocen las abdicaciones de Bayona y se produce el cambio de dinastía. Es el momento del levantamiento popular contra Napoleón en defensa de la libertad y de su rey con cuanto éste significa, aclamado –no se debe olvidar– en varias ocasiones como tal y elevado a la categoría de mito con ayuda de su «partido fernandino» y de la impopular política godoyista. Más difuso resulta saber si aquel acto y los siguientes constituyeron una o varias revoluciones y cuáles fueron sus señas de identidad, esto es, revolución como cambio estructural para poner fin al Antiguo Régimen o revolución-reacción para mantenerlo, echando al olvido los años del despótico poder de Godoy. Tema que

se trató en el Coloquio Internacional de 2008 en la Universidad de Aix-en-Provence, cuyas actas vieron la luz en 2009 con el título *L'Espagne en 1808: régénération ou révolution?*, bajo la dirección de Gérard Dufour y Elisabel Larriba.

La Guerra de la Independencia fue un trauma para todos. Para los españoles cambiaron muchas cosas, no tantas como debieran, pero nada fue igual a partir de entonces. La verdad-dogma de unos chocó con la necesidad de cambios de otros. La lucha en el campo de batalla compartió escenario en unos casos y en otros cedió terreno a la lucha ideológica, al enfrentamiento entre dos ideas de España, de la religión, de la política y de la sociedad. Lucha no ajena, por cierto, a intereses de grupo y personales.

En el primer libro y primer apartado Ronald Fraser y Emilio La Parra coinciden en algunos de sus planteamientos. Uno presenta de forma breve «Los levantamientos de 1808»; otro, «El rechazo de la nueva dinastía». Ambos señalan cuatro aspectos fundamentales. Primero, el inicio de la guerra coincidió con el cambio de dinastía, no con el 2 de mayo; segundo, el levantamiento del día 23 de mayo no fue espontáneo; tercero, la gran incertidumbre social derivada del vacío de poder, como apunta también el profesor Millán, y cuarto, el miedo a la anarquía, esto es, al pueblo y a la revolución, por lo que era preciso controlar y encauzar el odio

popular contra Napoleón. Emilio La Parra analiza con más extensión las consecuencias de la salida de Fernando VII de Madrid y las novedades aparecidas en la *Gazeta de Madrid* el día 13 de mayo. Noticias confusas y contradictorias para una opinión pública desorientada, mientras los conspiradores, fernandinos, godoyistas o franceses aprovechaban la situación para controlar al pueblo ya hostigándole ya pacificándole según conviniese en cada momento a sus intereses, lo que explicaría la movilización controlada cuando convino para levantar al pueblo tras las abdicaciones de Bayona. Richard Hocquellet sigue el hilo conductor de los anteriores en «Los españoles antes de la acefalía». Estudia el sentimiento social ante la pérdida de su rey Carlos primero y de Fernando después. Y une en clave metafórica, el destino del rey-padre, con los españoles, súbditos-hijos que, opuestos a una dinastía ajena, luchan por recuperar a su monarca-padre. En esa lucha tiene lugar la transformación del sistema político que adquiere su más alta dimensión en la obra de las Cortes de Cádiz, que, por desgracia, sucumbió ante los vítores a un Fernando deseado.

Abdicaciones, vacío de poder, cambio de dinastía y guerra. Situación compleja que lleva a Lluís Roura en «1808: ¿Un momento fundacional?» a preguntarse si es de la nación, de la modernidad política o de la sociedad liberal que se inicia con

la aventura napoleónica y los supuestos deseos regeneracionistas del Emperador, exponente también de una voluntad fundacional. Voluntad que parece apreciarse en la aparición de las Juntas Provinciales, de la Central y en la convocatoria a Cortes. Para el autor estos deseos ya estaban presentes antes, aunque dentro de un orden, como demostraron la letra y el espíritu de la Constitución, pensando más en la nación que en el individuo.

Crítico es Charles Esdaile con la historiografía de la Guerra de la Independencia, al considerar una ocasión perdida el bicentenario para haber replanteado la historia de ese periodo. En «Los españoles contra los ejércitos franceses: un cuento de dos ciudades», toma Madrid y Sevilla como ejemplos de los cambios experimentados desde 1808 por sus reacciones ante José I. Los comportamientos de los sevillanos en 1810 marcan una inflexión hacia la nueva dinastía y cambian los tópicos respecto a los franceses a los que se aceptan como solución a la guerra y a la anárquica situación de España y a su negro futuro.

Enfoque diferente es el que hace Jesús Millán en «Colapso del Antiguo Régimen y movilidad social. 1808 como inicio de la España contemporánea». Describe los estereotipos de la guerra entre patriotas y afrancesados y resalta el conflicto antinapoleónico como el cambio de España hacia el Estado-nación. La situación anterior

a 1808 le sirve para plantear el desigual reparto de la propiedad, los intentos reformistas y las reivindicaciones populares que encontraron en 1808 su fuerza imponiendo nuevas autoridades. Desde su punto de vista las condiciones sociales no fueron el principal motivo del levantamiento, sino el cambio de dinastía como señalan Fraser y La Parra. La oposición a Napoleón, que no esperaba, inició un nuevo camino tanto político como social, aunque distinto dentro del seno patriota, según los intereses.

En la segunda parte, Gérard Dufour y Vittorio Scotti analizan el papel de la prensa en dos lugares distintos pero con un mismo objetivo. El primero destaca en «La prensa en la España ocupada por los franceses», la obsesión de Napoleón por controlar la prensa española como medio propagandístico y manipulador de la información. La prensa era un arma poderosa, la guerra de pluma. Así, la *Gazeta de Madrid* se convirtió en el principal órgano oficial de Napoleón. José I no compartió la obsesión de hermano, tomándose en serio el papel de rey de España. Las diferencias entre ambos siempre se saldaron a favor de Napoleón que controló todo. De hecho la prensa madrileña y de provincias fracasó en su intento de ser una vía de propaganda josefina. V. Scotti con «Los espejos italianos. Visiones diacrónicas y discrepantes de la Guerra de la Independencia», reafirma lo expuesto por Gérard Dufour.

En el caso de la prensa italiana, cuyo proceso fue similar al de otros lugares, atendiendo a las consignas del poder, al que adulaban los diarios. La excepción fue el *Giornale Italiano* al que, según su fundador, convenía cierta libertad para ser creíble. Los diarios incluyeron noticias de la guerra de España a partir de los diarios oficiales franceses o españoles, dando una visión favorable a los franceses. Con la derrota de Napoleón cambiaron de chaqueta.

En la misma línea, pero en abierta lucha ideológica, se presenta el trabajo de Gonzalo Butrón «Ciudadanos católicos. Mitos e imágenes de la propaganda antiliberal en el Cádiz sitiado» documentado en la *Colección de diferentes papeles importantes de Cádiz (1808-1814)*. Sitúa la acción en el Cádiz sitiado por los franceses en un momento de agitada politización en las Cortes, en la prensa y en la calle con una sociedad dividida en serviles y liberales, buscando cada parte ganar la batalla de la opinión pública en una especie de guerra civil. Importaba menos Napoleón que destruir al otro con calumnias y descalificaciones. La prensa servil fue maestra en este oficio.

Por su parte, los jesuitas españoles exiliados en Italia fueron observadores de primera fila de la invasión napoleónica en Italia y receptores interesados de las noticias españolas. ¿Cómo vieron aquellos sucesos? Es el tema de Enrique Giménez en «El

año ocho visto por los jesuitas españoles en el exilio». Lo vieron como el fruto de una conspiración fraguada por francmasones, jansenistas y filósofos unidos para subvertir el orden y acabar con la religión y el trono que ya habían denunciado antes de su expulsión. Víctimas de esa conspiración serían Carlos III, Carlos IV y los tres últimos pontífices. Los jesuitas creían estar llamados a defender el Trono y el Altar. El padre Luengo se encargó de recoger sus vivencias en sus *Diarios* en contacto con las noticias que llegaban de España tras los sucesos de 1808.

Carlos Sambricio en «Fiestas, celebraciones y espacios públicos en el Madrid josefino» defiende dos aspectos fundamentales. Uno, que los cambios fueron obra de arquitectos españoles que ya habían desarrollado su actividad con Carlos IV, siendo capaces de dar respuesta al programa del gobierno josefino de acuerdo con cultura española. Dos, José I buscó españolizarse a través de la fiesta, atento más al pueblo del que era rey que a los intereses de su hermano. Su mérito fue llevar a cabo lo que estaba esbozado ya con aportaciones propias sin imponer el programa revolucionario.

Además de la prensa diaria o periódica surgieron otras formas de expresión antinapoleónica con el fin de exaltar el ardor y los sentimientos nacionales y patrióticos, sirviéndose ya de la poesía, del teatro o de

la iconografía. En el primer caso, Françoise Étienvre en «Propaganda antinapoleónica: el arma de la poesía», nos presenta el interés de las autoridades españolas en estimular con premios a la población a publicar trabajos poéticos exaltando el amor a la patria y la lucha contra el enemigo. Una forma más refinada de la guerra de pluma. La autora proporciona ejemplos de estas composiciones poéticas que al tiempo que exaltaban los valores patrios, defendían a Fernando VII. En el segundo, Marie Salgues con «Españoles y franceses en el teatro de la guerra, Visiones recíprocas», resalta el interés de Napoleón por el teatro como arma de propaganda, al igual que los patriotas españoles. En cada caso con el fin de ridiculizar al enemigo con los estereotipos tradicionales. Las obras francesas cargan las tintas contra los ingleses, sus auténticos enemigos, la Iglesia y la Inquisición como tema recurrente, y la necesidad de regenerar a España, arruinada física y moralmente. Los autores siguen las consignas del poder. El éxito del levantamiento español cambió la orientación de estas obras. En el tercero, António Ventura en «Iconografía portuguesa sobre la Guerra de la Independencia española» expone brevemente el problema de la guerra con la aportación de una serie de grabados que circularon en Portugal, en los que destaca a un Napoleón vapuleado por los españoles. El destino de Portugal estuvo unido

al de España y en ambos países la propaganda antinapoleónica adquirió similar dimensión.

En la tercera parte se presentan cuatro trabajos de similares características. Vicente Pérez Moreda, «Las crisis demográficas del periodo napoleónico en España»; Enrique Llopis, «El impacto de la guerra de la Independencia en la agricultura española»; Ángel García, «La guerra económica: la extracción a Francia de ganados merinos» y Alex Sánchez, «Guerra e industria. Consecuencias de la Guerra de la Independencia en la industria manufacturera española». El primero se fija en los costes humanos de la guerra en los quince primeros años del siglo XIX, atendiendo a la crisis económica y los efectos bélicos según años y regiones. Señala las tres crisis: 1803-1805, 1809 y 1812 con sus características y baraja la cantidad de unas 800.000 entre población civil y militar. El segundo abarca el periodo de 1815 hasta mediados del siglo. Destaca primero el desmoronamiento de las instituciones del Antiguo Régimen tras la invasión napoleónica y el impacto negativo sobre la agricultura, distinto según zonas que alteró las relaciones de los campesinos-señores. Luego, tras la guerra se produjeron cambios, se redujo la importación de granos, la mortalidad y aumentó la natalidad. Desde este punto de vista, el balance, a largo plazo, aunque inestable sería positivo. El tercero estudia la importancia de

la oveja merina y el interés de algunos países para aclimatarla a sus territorios. Ya los franceses en tiempos de Carlos III consiguieron exportar algunos cientos de ejemplares para la Granja Real de Rambouillet. Este interés se mantuvo en la Paz de Basilea y con la invasión de Napoleón, poniendo mucho empeño en la saca de ovejas con destino a Francia a la que contribuyó el contrabando. Las consecuencias fueron nefastas. Finalmente, el cuarto coincide con Vicente Pérez y Enrique Llopis en las consecuencias negativas de la guerra a corto plazo, pero menos graves a medio y largo plazo, incluso las consideran positivas, pues la guerra no fue un desastre total, más bien posibilitó un cambio político irreversible. Y si bien la restauración fernandina no fue la panacea, permitió la apertura de las fábricas y talleres, aunque la descapitalización, el deterioro del utillaje y la desarticulación de la red comercial y el contrabando fueron un pesado lastre. Contó a su favor con el aumento demográfico y la expansión agrícola y cierto relanzamiento de la industria textil.

Finalmente, José Álvarez Junco hace un breve pero denso recorrido del periodo en «La Guerra de la Independencia y el surgimiento de España como nación», en el que desmonta algunos mitos en torno al conflicto bélico. Según los estudios más recientes reflexiona sobre las señas de identidad de los españoles, el impacto

de la Revolución Francesa o el vacío de poder. La guerra como ruptura de la historia de España, fue compleja por sus dimensiones y características políticas, militares, religiosas y sociales. Una guerra que compartía el odio al francés con el odio al otro, servil, liberal o afrancesado. Si los liberales mitificaron la nación soberana y la libertad, los conservadores lo hicieron con la trilogía de rey, patria y religión. La nueva historia patria intenta poner las cosas en su sitio y, tal como se ha visto en las ponencias, se está de acuerdo en que el levantamiento no fue tan unánime, ni patriótico ni que las manifestaciones religiosas fueran incompatibles con la formulación de la nación y de la soberanía nacional.

El segundo volumen, centrado en las élites –personas, instituciones o grupos– lo abren Armando Alberola y Jesús Pradells con «Un cuerpo élite en el ejército de la España del XVIII: los ingenieros militares». Tema que plantea la organización del Estado y la constitución de cuerpos técnicos necesarios para su funcionamiento. Es el caso de los ingenieros militares en la España borbónica y de un gobierno pragmático y acorde con las ideas europeas. No tuvo un proceso de formación fácil por las diferencias entre quienes detentaban el poder, sus propias funciones y la aparición de otros cuerpos, como los arquitectos civiles, con los que tuvieron enfrentamientos por sus respectivas competencias. Con casi un siglo de

diferencia y en el ámbito de la educación, Rafael Fernández Sirvent en «Elitismo cultural y político. El entorno del Instituto Pestalozziano (1805-1808)» desvela los deseos de Godoy de crear un ejército moderno de nuevo cuño con colegios para la formación de sus oficiales. Le pareció bien a Godoy la idea de establecer en Madrid un instituto pestalozziano en 1805, adaptando el nuevo método a las necesidades de la monarquía y a sus propios intereses. Le dio un carácter militar para controlarlo mejor y regenerar el ejército. Contra todo pronóstico el centro se cerró en 1808 por razones *inevitables* debidas a la heterodoxia del sistema, a su raíz protestante, a la situación política y a la entrada de las tropas francesas.

Vinculado al Instituto Pestalozziano estuvo Isidoro Antillón, personaje estudiado por Christine Benavides en «Isidoro de Antillón y la abolición de la esclavitud». Liberal convencido, protegido de Jovellanos y poco amigo de Godoy, fue un hombre polifacético y defensor de los derechos del hombre, cualquiera que fuere su color. El 2 de abril de 1802 exponía su *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los Negros* que vio la luz en 1811, con duras críticas al gobierno, déspota y enemigo de las luces. El 2 de abril de 1811 discutían las Cortes sobre la abolición de la esclavitud que, por intereses económicos, no se aprobó. Las ideas de Antillón eran claras. No pedía una

abolición inmediata, pero sí que se pusieran las bases para su desaparición lo antes posible, estableciendo escuelas públicas donde los negros de ambos sexos se educasen.

Ilustración o interés. «En la sopa económica de Rumford, o la beneficencia empresarial en el siglo XVIII», Jean-Pierre Climent plantea tres aspectos. Uno, la biografía de Benjamín Thompson, conde de Rumford, personaje ambiguo y complejo, del que destaca la formación científica que le hace triunfar. Dos, la institución de la sopa económica en Múnich, donde alcanzaría triunfos y honores, y resolvió el problema de la alimentación militar, aplicada luego a los pobres. No fue un gesto caritativo sino interesado, al limpiar las calles de mendigos y recogerlos en hospicios –*Military work-house*– donde se ganaban la comida con su trabajo. Tres, el papel del *Semanario de Agricultura* que, al recoger esta iniciativa, seguía tanto la tradición cristiana como las ideas ilustradas respecto a unos mendigos felices y productivos a la nación.

En la parte segunda, Jean-René Aymes escribe sobre «La mise en cause des élites et, en particulier, des «philosophes» et des «savants» pendant la Guerre de l'Indépendence». Parte el autor del concepto mismo del levantamiento contra Napoleón y de sus protagonistas que adjudica al pueblo, a quien no dirige la élite, oculta, esperando que se aclare la situación y atenta a sus intereses. Las

proclamas, aunque dirigidas mayoritariamente al pueblo, también se ocupan de las élites. Esto lleva a pensar que el pueblo se mueve más por sentimiento que por la razón, pero también por la verdadera sabiduría a la que son ajenas las élites «sabias». Y contra los «sabios»/«philosophes» se dirige la artillería reaccionaria. De modo que si se lucha contra Napoleón con fuerza, con no menos se lucha contra los liberales, identificados con afrancesados y franceses. Si demonio es Napoleón, demonios son los liberales como se recoge en libros, panfletos y diarios dirigidos por eclesiásticos para descalificar, condenar y destruir a los liberales/filósofos.

En «Los hombres de Fernando VII en 1808», Emilio La Parra estudia la biografía de tres personajes vinculados al Príncipe de Asturias primero y a Fernando VII después. Se trata de Escoiquiz, el duque del Infantado y el de San Carlos. Los tres complejos y con gran ascendiente sobre Fernando como integrantes del llamado «partido Fernandino», caracterizado por su odio a Godoy y la voluntad de coronar a Fernando. Partido que supo atraerse a buena parte de la nobleza, mandos del ejército y de la jerarquía eclesiástica. El partido desapareció en 1814, por lo que para el autor, tal denominación, aunque válida, debería ser cambiada por élite política. De cualquier forma, los personajes de este partido/élite utilizaron en beneficio de Fernando la propaganda y la

agitación con éxito. Los tres fueron el alma de su gobierno, lo llevaron ante Napoleón y procuraron la tranquilidad del pueblo, de M^a. Luisa y de Carlos.

Jean-Philippe Luis en «Familia, parentesco y patronazgo durante la Guerra de la Independencia» y Antonio Risco en «Avatares de la nobleza afrancesada y liberal», se centran en la nobleza, en su papel en el Antiguo Régimen y los cambios que experimenta con ocasión de la guerra. El primero se fija en el cambio político y social y la toma de postura entre tradición y modernidad, entre colectividad e individualismo, entre «partidos» y familia, entre un bando y otro. Si bien la familia constituía el vínculo más natural, ésta sufrió los avatares de la crisis, preludeo del nacimiento de la política moderna y del individuo, aunque con ataduras a la tradición. La guerra fue pródiga en cambios de bando, de chaqueta y en ruptura de familias, pero también de fidelidades tanto entre afrancesados como entre patriotas reaccionarios o liberales. La situación militar impuso conductas no siempre deseadas. El segundo traza la semblanza de personajes concretos de unas familias escogidas atendiendo a componentes familiar, social y asociativo y político. El escenario se sitúa en el País Vasco en torno al VI marqués de Montehermoso, la III condesa de Echáuz y el III conde de Villafuertes durante la guerra y la opción política elegida. El

matrimonio Montehermoso-Echáuz apoya a José I que les colma de honores y nombra al marqués comisario de teatros, medio de propaganda política. Al morir, su esposa rehizo su vida en Francia, manteniendo inestables relaciones con el conde de Villafuertes su pariente liberal.

Así mismo, aunque en otro plano, los cambios que introduce la guerra permite a Jean-Baptiste Busa-all escribir sobre «Alberto Lista y el debate constitucional sobre Cortes (Sevilla, 1809)». A Lista añade José Canga Argüelles. Ambos liberales ven el individualismo como fundamento de la representación de la nación pero con notables diferencias. Canga buscaba el equilibrio entre los derechos del rey y los de los reinos, reinterpretando de manera republicana la tradición pactista. Lista proponía una forma nueva de gobierno, ajena a la política de la monarquía católica, en la que los diputados no eran representantes de la provincia sino de la nación, elegidos para elaborar una nueva Constitución, de la que carecía España.

Sobre la política de José I y de Esménard trata el trabajo de Elisabel Larriba, «Jean-Baptiste Esménard, un francés afrancesado». Si hay personajes curiosos y complejos, Esménard es uno de ellos, pero al mismo tiempo honesto en sus planteamientos, adoptando la postura que creyó mejor en cada momento y teniendo en cuenta España, los españoles y Francia, las

patrias que compartía con igual afecto. Esménard sale de Francia y viene a España, adaptándose a la vida y costumbres de los españoles. En 1808 apoya a José al que quiere ser útil con sus consejos a fin de que se granjee el afecto de los españoles, se atraiga a las élites y al clero por su influjo social. Invita al rey a españolizarse. Esménard guardará fiel recuerdo de España y favoreció a los exiliados que acompañaron a José I. Las cosas tal vez hubieran cambiado si se hubiera prestado atención a los consejos de quienes, como él, conocían a los españoles.

Y no le faltaba razón a Esménard como demuestran Maximiliano Barrio en «Eclesiásticos afrancesados durante la Guerra de la Independencia», Vicente León en «La élite eclesiástica ante la política. Joaquín Lorenzo Villanueva y Miguel Cortés» y José Calvo Fernández en «El inquisidor general Arce. En la sombra del poder». Obispos y canónigos. Para M. Barrio, el episcopado tardó en tomar partido. Abundaron los eclesiásticos afrancesados y lo fueron por ideología, ambición, miedo o deseos de paz, aunque siempre defendieron su proceder alegando motivos religiosos o sociales. La mayoría de ellos lo fueron por circunstancias de la guerra. Hubo quienes colaboraron gustosos, los que intentaron pasar desapercibidos y los que aprovecharon la ocasión para obtener beneficios. Entre los colaboradores estaba

el complejo y controvertido Inquisidor general Arce, que estudia José Calvo, que lo fue todo entre 1797 y 1813 de la mano de Godoy y siempre a la sombra del poder. Un hombre cuya vida pública y privada manifestó la cara y cruz de sus virtudes y defectos. Inquisidor indulgente, arzobispo reformista intrigante cortesano, codicioso insaciable, confidente de reyes, líder de los afrancesados ajeno al sufrimiento de sus diocesanos y mal obispo. Y por si fuera poco José Calvo publicó después de este Congreso *Ramón José de Arce: Inquisidor General, Arzobispo de Zaragoza y líder de los afrancesados* (Zaragoza, 2008), libro muy bien documentado e interesante. En el lado de los canónigos liberales, Vicente León presenta a J.L. Villanueva y a Miguel Cortés con trayectorias distintas. Villanueva vivió en las dos orillas del río revolucionario y en cada una defendió lo que tocaba. Antes de 1808, el absolutismo y después el liberalismo moderado cincelado en el tomismo. Apoyó la reforma de las Leyes Fundamentales y participó activamente en las Cortes y en la aprobación de la Constitución. Pero Villanueva era sobre todo canonista, escritor y brillante polemista que buscaba la reforma de la Iglesia, con la mirada puesta en los siglos primitivos y en la Iglesia nacional. Algo distinto fue el proceder de Miguel Cortés, más liberal, «progresista» y hasta radical. Defensor de la Iglesia primitiva, del

papel de los presbíteros y de los fieles pero sobre todo del poder civil sobre la Iglesia.

El tercer apartado lo inicia François López con «José Marchena y su *Historia literaria de España*». No se trata del Marchena revolucionario, aunque algo sí, sino del autor de *Leciones de Filosofía Moral y Elocuencia*, publicada en Francia en 1820. Obra en la que hace un esbozo histórico de la literatura española y presenta una abundante colección de textos selectos en prosa y verso de los mejores autores españoles, acorde con su ideología liberal. Critica tanto el despotismo religioso como político y frente a la riqueza lírica denuncia el atraso de la ciencia. Marchena se presenta como un humanista moderno, eminente latinista e inteligente que profesa la moral de la naturaleza. Su obra, coetánea con el pensamiento romántico, al que se enfrenta, se sitúa en un ideario claramente revolucionario.

Juan Francisco Fuentes presenta «Geografía del liberalismo español en la década ominosa: emigración política y exilio interior». Plantea con acierto el autor el complejo fenómeno de la emigración liberal tras el Trienio, tratando tanto su dimensión territorial como su procedencia así como la geografía del exilio interior. En el primer caso apunta los centros del exilio: Francia, Gibraltar, Inglaterra, Portugal y otros destinos menos importantes. En el segundo analiza

la procedencia por provincias. Con los datos en la mano rompe los estereotipos que se han mantenido sobre este exilio y señala que la emigración política tuvo menos importancia que la formada por prisioneros de guerra, desertores o fugitivos, siendo más importante la del litoral y zonas del Pirineo. En el tercero destaca el arraigo del liberalismo en las distintas provincias y también el papel de las mujeres y su incorporación a la causa liberal. La ausencia de conocimiento exhaustivo del fenómeno tiene su causa en la falta de datos o que éstos son incompletos, pero sobre todo en el carácter sectorial y sesgado de la perspectiva metodológica seguida por la mayoría de los historiadores del exilio.

Cayetano Mas Galvañ se ciñe a «El clero murciano durante el Trienio Liberal: las raíces de un conflicto» y la importancia del Seminario de San Fulgencio con su plan de estudios de 1774 de la mano del obispo Rubín de Celis, de las ideas ilustradas y de las directrices del gobierno. Enfrente órdenes religiosas y Ayuntamiento, cada cual en defensa de sus intereses. El Seminario fue foco de ilustrados y liberales, aunque los acontecimientos posteriores cercenaron este impulso tanto en el terreno ideológico como en el control de la educación. En este sentido hay que entender tanto la represión posbélica de 1814 como de 1823. La liquidación de la actividad del Seminario puede explicar las

causas del empobrecimiento intelectual de Murcia desde esta época.

Un poco más lejos nos lleva el trabajo de Aline Vauchelle «De la Guerra de la Independencia a las guerras carlistas. La continuación del debate sobre la utilidad de las órdenes religiosas en el *Diálogo entre fray Pedro y D. Antonio*». La muerte de Fernando VII dejó una España dividida y muestra de esa división es el *Diálogo* que estudia entre fray Pedro y D. Antonio. El *Diálogo* presenta dos Españas muy diferentes, pero también dos religiones católicas, dos iglesias y dos dioses. D. Antonio es el liberal que pretende convencer al carlista fray Pedro, y éste a aquél, con todo tipo de argumentos. El autor de la obra, partidario de D. Antonio, aboga por un catolicismo ilustrado y bíblico, por un clero fiel a su deber para con la sociedad plural, por una religión compatible con el liberalismo. Fray Pedro defiende su religión tradicional, un clero poderoso y una Iglesia dominante donde importa más la apariencia que la esencia.

Finalmente, Severiano Rojo en «Mito e instrumentalización: el 2 de mayo en la prensa madrileña de la segunda república (1931-1939)», transporta los mitos de la Guerra de la Independencia a la II República. Si a lo largo del siglo XIX el recuerdo de la guerra tuvo sus altibajos, especialmente el recuerdo del 2 de mayo, con el inicio de la II República se apartó su celebración por sus recuerdos

conservadores y reaccionarios. La prensa trató el evento de desigual manera según su ideología. Durante la Guerra Civil ambos bandos se apropiaron de símbolos y mitos de la Guerra de la Independencia mitificando de nuevo al pueblo. Mientras los nacionalistas veían la guerra como un combate bíblico entre el bien y el mal y ensalzaban la religión y el clero, los republicanos resaltaron la acción popular contra el enemigo externo, el fascismo, como nuevo patriotismo, retomando el discurso liberal del XIX. El mito se convertía en arma de propaganda para los dos bandos a fin de legitimar su causa.

VICENTE LEÓN NAVARRO

VILAR, Juan Bautista y VILAR, Mar, *El primer hispanismo británico en la formación y contenidos de la más importante biblioteca española de libros prohibidos. Correspondencia inédita de Luis de Usóz con Benjamín Wiffen (1840-1850)*, Sevilla, Editorial MAD, 2010, 522 pp.

Con el sello de Editorial MAD, y dentro de la colección *Eduforma Historia*, nace una serie denominada *Investigación y Memoria*, cuyo primer volumen se trata de un trabajo que lleva la firma del muy acreditado historiador Juan B. Vilar, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de